

Voz y escritura desde el exilio

Entrevista a Mónica Carrillo Zegarra

Juan Manuel Olaya Rocha

Mónica Carrillo publicó *Unícroma* en 2007 y viene preparando un segundo poemario. Su escritura —que en buena cuenta son “Escrevivências”, por utilizar la categoría de Conceição Evaristo— experimenta con el lenguaje poético en consonancia con las tradiciones de raigambre africana desde un locus de enunciación que emerge a partir la experiencia de ser mujer, afroperuana, latinoamericana, activista y desterrada. Su lucha contra el racismo le valió un exilio que ya lleva casi una década. Sin embargo, su producción intelectual dispersa en libros, revistas y antologías demuestra que su voz/escritura repercute desafiando el canon. Sin duda, en el siglo XXI, la poesía peruana escrita por mujeres no debe desestimar la producción de Mónica Carrillo. El viernes 2 de octubre conversamos con ella desde su casa en Brooklyn.

Quiero empezar preguntándote por tu procedencia familiar. ¿Dónde naciste, de qué parte del Perú proviene tu familia y cómo esto ha dejado huella en tu memoria?

Yo nací en Lima. Mi barrio ha sido Piñonate, en San Martín de Porres, barrio más conocido antes como Chicago chico por el nivel de violencia y crimen que había. Mi familia es de Chíncha y yo siempre me críe entre Chíncha y Lima. Es más, gran parte de mis memorias han estado conectadas a Chíncha, porque usualmente la pasaba allá varios meses al año. Hasta antes de los 12 años, cuando estaba en Chíncha, pasaba más tiempo en casa de mi madre. Ella es de Puquío Santo, una zona rural en Chíncha Baja, donde termina el río Matagente y se une con el mar. Es una zona muy rural donde no había electricidad ni agua potable. Sacabas agua del pozo, tenías el río, la laguna y el mar. Las memorias que me marcan son de

Me enseñaron que la poesía, la música y la danza no son manifestaciones escindidas en nuestra cultura.

esas zonas rurales de Chíncha tan diversas, en su área absolutamente rural donde tenías una movilidad de un auto una vez al día para cinco personas a las siete de la mañana, totalmente aislados, sin agua y sin luz en un ambiente natural. Por otro lado, El Carmen era el lugar donde iba con mi papá, porque sus padres son de allí. Es una zona también rural, pero había electricidad y otras manifestaciones culturales como la danza de pallitas, la danza de negritos, el toque de cajón, los cantos. En El Carmen había más memoria de la esclavitud y también se cultivaban las tradiciones culturales. Yo lo contrastaba mucho con la realidad en Lima, donde había mucho bullying racista, donde había gente afro pero no tan oscura como yo. Estar en Chíncha siempre me daba una sensación de menos estrés, de ser parte de gente que se parecía a mí. Lima para mí fue siempre el lugar de lo diferente, de lo violento, del bullying.

Sin duda, la memoria es muy importante, pero yo quería ir a un nivel más íntimo, más familiar. ¿Cómo percibes esa herencia en tu entorno familiar, las tradiciones y costumbres que alimentan tu quehacer creativo?

Mi papá, en las noches, siempre se sentaba a escribir un libro, que no ha terminado aún, sobre el racismo y su impacto en el pueblo afroperuano. Él es profesor de historia en el colegio, entonces tenía siempre esa vocación de escribir y de recolectar historias y tradiciones orales de El Carmen. Autopublicó un libro que se llama *Noches de soledad en el tiempo* en los años 90. Él siempre hablaba muy orgulloso de su familia, los Rivas, una familia histórica de decimistas en El Carmen. Ellos hacían los contrapuntos de décimas con otros famosos decimistas de la época, siempre compartiendo algunos de los poemas que, según mi padre, fueron recopilados y citados como tradición oral por diversos autores en antologías sin reconocer la autoría de los Rivas. Entonces, esa tradición de poetas y decimistas siempre estuvo muy cerca de mí, de la mano de una gran conciencia racial. Yo siempre digo que mi padre es un Black Panther en el contexto peruano de la época. Siempre consciente de la explotación de los hacendados en El Carmen, en la hacienda San José. Guarda en la memoria sus experiencias de niño, cuando algunos de los dueños de la hacienda San José entraban a las casas e interrumpían las fiestas de la gente para pedir que les inviten tragos y actuar como dueños de casa. Siempre contaba las historias del uso de las catacumbas como calabozos para castigar a los afroperuanos durante el siglo XX. Contaba las mismas historias recogidas en el artículo de José Luciano sobre el castigo, donde cuentan cómo las catacumbas de la Hacienda San José se usaban como calabozo para castigar a los habitantes de El Carmen hasta antes de la Reforma agraria. Contaban cómo alimentaban a los castigados con sopa a través de una cañita insertada por un

huequito que daba a las catacumbas. Esas eran las historias semanales de mis almuerzos y en espacios familiares.

Por el lado de mi mamá, su padre era del Guayabo, uno de los pueblos más afros y endogámicos de El Carmen. Él huyó a Lima cuando tenía nueve o diez años, porque se separaron los padres. Se quedó con el papá, y la madrastra lo hacía dormir en el corral cuando el papá se iba a cortar monte en el campo por varios días. Se escapó a Lima para encontrar a su abuela, que era la cocinera del presidente en esa época. Vivió en Lima hasta los 17 años, y ahí aprendió a tocar guitarra. Luego, al parecer, en un conflicto con un hombre asiático, se escapó a Huacho durante varios años y se hizo ayudante de curanderos. Regresó a Chíncha cuando ya era un hombre adulto. Mi mamá siempre nos enseñó a recitar poesía a mi hermana y a mí desde los tres años. El recitar, el decir, el memorizar era una manera de entrenarnos para hablar con propiedad y hacernos respetar ante la gente que, ya sabía ella, iba a atacarnos racistamente. Ella solo había estudiado hasta tercero de primaria. Con la ilusión de poder estudiar costura, fue mandada a Lima con una familia de desconocidos que fueron a Puquio Santo buscando a una empleada doméstica. Mis abuelos no tenían su dirección, solo sabían que estaba en Breña. Miguel, su hermano mayor que vivía en Lima, se enteró. Como era chofer de un camión de bebidas gaseosas, decidió trabajar en Breña con la esperanza de encontrarla, y logró hallarla un día cuando ella caminaba hacia el mercado. Entonces, para ella, que nunca terminó la secundaria en esa época —lo hizo a los 27 años en la escuela nocturna—, la educación era una herramienta muy importante. Además, mi abuelo era guitarrista y cantante. Por eso ella siempre canta. De mi madre tengo esa rigurosidad académica y el hablar con propiedad, y de mi padre la conciencia política. Ambas historias se combinaron.

Esta dificultad para ingresar al sistema educativo, como me cuentas de tu madre, le sucedió y sucede todavía a gran parte de la población afroperuana. ¿Cuánto te costó ingresar no solo a este sistema educativo, sino a la ciudad letrada, a la academia, tu acercamiento a la literatura, a los libros?

Como acceso, no fue difícil. Por el lado de mi mamá, la conciencia de ser educadas y de ser las primeras en el colegio, de escribir bien, de hablar bien, era una manera de garantizar lo que ella no tuvo. Por el lado de mi papá, como profesor de colegio, la educación formal era una prioridad. Entonces, ellos priorizaron que yo acceda a esa ciudad letrada. Pero también me enseñaron que la poesía, la música y la danza no son manifestaciones escindidas en nuestra cultura. Yo crecí entre bailes, entre gente que toca, entre gente que recita. Entonces, para mí, la escritura me ayuda a materializar mis ideas y trascender la inmediatez y lo efímero de la voz. Muchas de las historias que me contó mi padre y las composiciones de mis familiares poetas se perdieron porque no dejaron escritos. Es más, muchos hasta no sabían leer ni escribir, o solo tenían limitada lectoescritura, pero todo lo memorizaban. Cuando comencé a escribir poesía, yo dije, bueno, voy a hacer el libro, pero además voy a hacer mi disco, porque lo que yo diga va a llegar a mis tías, a mis primas, que nunca terminaron el colegio, y a toda la gente que yo sé que no lee. Ese, el formato hablado, el contar y decir historias a través de un poema, me hace feliz. Era consciente que el hecho de escribir me abriría otra dimensión. Ha sido una decisión consciente el tener los dos mundos, el oral y el escrito, bien claros y definidos.

Si bien el vínculo entre la poesía, la música y la danza es un rasgo característico de las manifestaciones afroperuanas —pienso en las décimas, las cumananas y las expresiones teatrales—, tu creación apuesta también por toda una performance. ¿Cómo crees que esto ha sido percibido por la crítica literaria?

Me he dado cuenta de que, cuando estoy en un recital de poesía y yo digo mi poema de memoria, algunos poetas o críticos ya no me consideran poeta, sino rapera o decimista, a pesar de que no escribo décimas. Son los prejuicios de la ciudad supuestamente “letrada”, de no querer reconocer a un poeta, y a nuestros poetas, que además quieren comunicar su poesía a su gente, contarla y no leerlo. Entonces, yo me he visto en situaciones —y ya por broma y por testear— donde me hago la que no sé mis poemas y los leo, y me doy cuenta cómo cambia el respeto con el que me tratan. Y me ha pasado aquí también en los Estados Unidos, en círculos latinos.

Yo nunca estudié literatura ni estuve muy cercana a circuitos literarios, de la crítica literaria. Creo que esto fue positivo, porque realmente no me quería influenciar por un formato o un estilo. He leído siempre lo que me ha llenado y lo que he querido, como Nicolás Guillén, Victoria Santa Cruz, Nicomedes Santa Cruz o Toni Morrison cuando he querido buscar más referencias. Cuando escribo, lo hago porque se me da la gana, sin seguir o pensar en algún formato. Siento que yo misma escribo con ritmo, incluso voy diciéndome el poema, escuchándome a mí misma. Usualmente escribo de largo, no es que lo vaya construyendo. Muchas veces tengo visualizaciones. Estoy escribiendo y estoy mirando como una película en mi frente, como el poema “Carrera de una cimarrona”, que lo escribí sin corregir, viendo lo que pasaba en mi delante como un oráculo frente a mis ojos. Sin embargo, también noto que hay una tensión, siento que naturalmente yo escribo con patrones, quizá de landó, de festejo o patrones rítmicos que tengo muy adentro y de los cuales no soy del todo consciente, pero que los escuché siempre porque, como dije antes, me crié en un ambiente donde la poesía y la música no estaban escindidas.

Mencionaste que, en muchos casos, observas una secuencia de acontecimientos que van pasando por tu mente al escribir tus poemas. Me preguntaba cómo se construye esa voz poética que es constantemente asediada, violentada por el discurso hegemónico y la mirada racista y sexista en las calles, que tiene que ver mucho con tu experiencia de mujer afroperuana.

Yo creo que fue una de las principales motivaciones que me ha hecho escribir. El primer poema que escribí, tal vez en 2002 o 2003, es “Unícroma”, cuando estaba trabajando en DEMUS Estudio para la Defensa de los Derechos de la Mujer, una organización de la que guardo gratos recuerdos y experiencias formativas. Organizaba con mis colegas una de las primeras campañas en el Perú contra el feminicidio llamada “Ni una muerte más”. Me di cuenta de que mi voz como mujer afroperuana no encajaba del todo en muchos de los conceptos y estrategias del movimiento feminista, aunque me sentía muy comprometida y conectada con la causa. Como feministas, hablábamos de un tipo de mujeres que debía enfrentar la violencia. Se luchaba para que las mujeres dejaran el espacio doméstico para ocupar el espacio público, pero nosotras las mujeres afroperuanas siempre estuvimos trabajando afuera. Entonces, me senté en mi oficina y escribí el poema “Juguemos en la jungla”. Fue como una respuesta. En esos tiempos también era activista del movimiento juvenil antirracista y del movimiento afroperuano. Entonces, a pesar de que era claro el camino que estaba tomando con un compromiso feminista, a veces no había tiempo o espacio para compartir mis visiones como mujer afroperuana. Y, dentro del movimiento afroperuano, aún no se hablaba de sexismo o feminismo. Sentía que a veces era más seguro moderar mi discurso político. Entonces, la poesía me permitió decir aquello que no encaja dentro del discurso profesional o político. Yo también estaba aprendiendo, conociéndome y entendiendo

todas esas relaciones con otros mundos que no eran mis mundos. La confrontación en la calle, el acoso racista, ha sido lo que más me ha marcado en la vida. Yo creo que es un tipo de tortura psicológica. Desde que eres niña, vives un constante insulto, a veces una vez al día, o cinco veces al día. Y cuando descubrí que podía escribir, cuando abrí esa puerta poética, pude canalizar un poco más toda esa violencia que ha sido parte de mi vida diaria. Y creo también que siempre he tenido mucha empatía, a veces demasiada, por el mundo en general, no solo afro. Fui voluntaria en la casa hogar de la madre Teresa de Calcuta en Tacora, con los jesuitas enseñé en Huaycán a las niñas y niños desplazados por el terrorismo allá por los años 90, arriba, en Huaycán, donde los cerros son rocosos y la neblina no te deja ver a las personas que tienes al frente. Yo quería ser misionera e irme a África. Entonces, siempre sentí que, a pesar de que estaba determinada por lo afro, mi mundo o mi interés era más grande, y creo que mi poesía también puede reflejar ese interés más humano en general, de la condición humana más allá de mi raza.

Sobre esto último que mencionas, ¿crees que a la crítica literaria le cuesta reconocer que los escritores afroperuanos también están en la capacidad de generar discursos más universales en su producción literaria?

Creo que está bien mencionar que la obra aborda algunas experiencias afroperuanas o que quien escribe es una persona afroperuana, pero el problema —como dice Toni Morrison— es que tú siempre tienes que probar lo que ya sabes que eres. Yo sé que soy afroperuana y no tengo por qué demostrarlo; yo sé que hay racismo ¿y por qué la crítica y la sociedad pueden decir que nos encasillamos si hablamos de una experiencia que vivimos diariamente, aquello que nos ha moldeado como seres humanos? Y cuando hablas de otros temas, no toman atención a esos escritos, así como pasó con Nicomedes Santa Cruz, un

poeta universal casi nunca considerado por los críticos de poesía en el Perú. Por ejemplo, en el poema “Champeteando en la Colombia cimarrona”, que comparto en esta edición de *D'Palenque*, no menciono los problemas raciales. Allí estoy yo, como afroperuana, yendo y disfrutando el pueblo cimarrón y palenquero de Colombia. Estuve allí para grabar un poema para el disco del señor Magín Díaz, afrocolombiano de 95 años, en un estudio de grabación en San Basilio de Palenque.

Entrando al tema de tu alejamiento forzado del país, ¿cómo inició todo este proceso de autoexilio a los Estados Unidos y bajo qué circunstancias sucedió?

Siempre he tenido varios frentes. Cuando trabajas con comunidades empobrecidas debes tener en cuenta que no hay siempre un entendimiento de cómo funciona una ONG, por lo cual se puede creer que tienes recursos económicos personales de los cuales puedes disponer, cuando lo cierto es que le pertenecen a la institución. El frente más difícil y que me hizo salir del país fue la combinación de una masa histórica racista de peruanos y la sistemática y orquestada estrategia de algunos medios de comunicación para reducir la agenda política de LUNDU Centro de Estudios y Promoción Afroperuanos, en una agenda supuestamente personal y no apoyada por un movimiento. El detonante fue el proceso ante el Tribunal de Medios de Comunicación contra Frecuencia Latina por el personaje “cómico” racista, el Negro Mama. La histeria racista desencadenada durante ese proceso no solo me afectó a mí. Sé historias de personas afroperuanas que fueron atacados a golpes por otras personas que gritaban su apoyo a este personaje. Me intentaron atropellar dos veces, me escupieron en la cara tres veces, recibía diariamente por lo menos 10 llamadas anónimas diarias por ocho meses —las cuales están registradas y comprobadas en reportes policiales—, se

crearon blogs donde se colocaba mi DNI y foto azuzando a que me violen argumentando que necesitaba conocer el poder de “hombres blancos” o “no negros” para entender que debía acallarme. Insultos similares que mi hermana Sofía Carrillo, ahora recibe por su activismo con el pueblo afroperuano. A eso se sumó el insulto racista y descarado difundido en los medios de comunicación que invitaban a este personaje Negro Mama a sus programas estelares televisivos y radiales dejando que me insulte impunemente. Todo eso me llevó a tener un guardaespaldas por dos años. Tuve protección de algunas organizaciones de derechos humanos. Además, esta campaña fue apoyada por más de treinta organizaciones, incluyendo la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos y los abogados Ronald Gamarra (exprocurador) y Gustavo Oré. Inclusive, el propio gobierno abrió un proceso de oficio a mi favor por todas las agresiones que recibí. LUNDU ganó la demanda ante el Tribunal de Medios de Comunicación y, como resultado, Frecuencia Latina tuvo que ejecutar un mandato de difusión y pedir disculpas al pueblo afroperuano por emitir el Negro Mama. Esas disculpas no se pidieron apropiadamente, se usó esa retórica común de “no hicimos nada pero, si alguien se sintió ofendido, pedimos disculpas”. Entonces, decidimos presentar una nueva demanda ante el Ministerio de Transportes y Comunicaciones. Decidí irme luego de presentar esa demanda. Esperé los resultados desde afuera, que llegaron en 2013. Estuve yendo y viniendo. Y realmente mucha gente no sabía si yo estaba aquí en Perú o en los Estados Unidos. Siempre traté de mantenerme muy ambigua. Mi objetivo era también que el movimiento sobreviva, es decir, no quería ser una caudilla. Tenía que dar el espacio para que se construyan otros caminos y maneras de operar nuestra agenda política afroperuana.

Esto tuvo muchos efectos en mi salud. Entré en un estado de depresión severa mayor, que no lo notaba, pero que iba minando mi cuerpo. Me comenzaron a funcionar mal

algunos órganos, entraba a la clínica todo el tiempo, pero yo seguía y seguía como un caballo en carrera sin mirar a los costados. Salir del país creo que fue una buena decisión, pero igual fue dura. Me dieron una visa de habilidades extraordinarias y luego una green card de habilidades extraordinarias. Esto me evitó pedir un estatus de asilo o de refugio, posibilidad que fue totalmente validada por abogadas de organizaciones de derechos humanos que revisaron mi caso. Yo tenía amistades y colegas en Estados Unidos porque venía desde el año 2004 para dar conferencias o trabajar en estrategias de incidencia en Naciones Unidas. Había tocado la campana y dado un discurso en la Bolsa de Valores de Nueva York y también había alternado con artistas como Richard Gere. Todo esto me ayudó a tener material que demostrara mi presencia previa en Estados Unidos. Tuve el apoyo de organizaciones filantrópicas MADRE y el consejo de varios abogados, pero la construcción de mi caso (400 páginas de evidencia) y los procesos legales los hice sola, sin abogados.

¿El autoexilio te dio la libertad y tranquilidad que aquí no tenías o la situación no cambió mucho?

Yo sigo sintiendo que es un 50% de cada parte, porque aquí yo también he sufrido racismo de la comunidad latina. Por ejemplo, un día caminaba en las calles de Queens conversando con un chico colombiano. Un hombre pasó por nuestro lado y me dijo “Ah, eres negra y estás hecha para que cualquier macho te monte”. Me dije: ¿Qué? ¿Qué pasó? ¿Cómo así? Yo me fui de Perú ¿Y ahora esto? Además, me dijo “Eres negra como la caca”. Entonces, verme expuesta a esa situación en Nueva York, en Queens, en un día soleado, lleno de mucha gente latina, me hizo ver que mi sensación de seguridad era eso, una sensación, pero no una realidad. Muchos inmigrantes viajan con sus taras y racimos,

y es importante recordar que lo latino es una raza y que debemos hacer cambios dentro de la propia comunidad latina para eliminar el racismo. Mi poema “Violenciada” combina esta situación con lo que yo viví en Perú. Yo creo que, sin importar a dónde vaya, si soy latina de la región andina e interactúo con mis pares de la región, tengo el riesgo de ser insultada. También he vivido insultos racistas por latinos que viven en mi barrio de Brooklyn. Por ello, aunque no me gusta hablar en inglés, ahora soy muy cuidadosa sobre dónde hablo español y con quién. Pero el tema del racismo que menciono antes no es la totalidad de mis experiencias en Nueva York con la comunidad latina. He encontrado a más grupos y comunidades inclusivas que a personas racistas. He conocido a una hermosa y vibrante comunidad latina cuando trabajaba en el Museo de Queens como organizadora comunitaria. Inicié un grupo llamado BordeAndo para recuperar el crochet y bordado tradicional. Gracias a ello cultivé relaciones muy profundas con mujeres inmigrantes que se han convertido en mis amigas y que me han enseñado más sobre la realidad y cotidianidad de las mujeres latinas inmigrantes de Nueva York. También he seguido cultivando mis relaciones con círculos académicos latinos y de diáspora africana con quienes siempre colaboro, o participo como conferencista y haciendo performances para diversas actividades. Me encanta donde vivo. Es un barrio de Brooklyn llamado Flatbush, los habitantes son mayoritariamente de Haití, Jamaica, Trinidad y Tobago y de diversos países africanos. Yo parezco una más y no tengo la tensión de caminar por la calle. Estoy muy contenta.

Salir del país bajo estas condiciones puede ser duro y doloroso en muchos aspectos, pero también la posibilidad de alimentarse de otras perspectivas que diversifican la creación. ¿Cómo funciona esto en tu poesía?

Me ha dado mayor apertura para hablar de otras cosas. Yo creo que es una cuestión de sensibilidad. En la calle, escucho mucho los tambores, soca, música de vudú, porque todos los sábados hay una reunión de vudú en el parque, con tambores y con rituales. El profundizar mi conocimiento del pueblo haitiano y recordar los prejuicios que existen hacia ellos y su religión es algo que me motiva a conocerlos más. En toda religión hay diversos caminos, pero las películas de Estados Unidos se han encargado de demonizar las prácticas religiosas de esta comunidad sin hablar de su complejidad. Los ritmos de los steelpans (tambores metálicos) de Trinidad, las innumerables tiendas con productos para piel y cabello, los soundsystem de reggae y ska, me han hecho una persona diferente. Cuando salí del Perú, hubo toda una primera etapa de la añoranza, con algo de cólera por no poder estar en mi país o de no haberme ido por mi propia decisión o necesidad. Creo que varios poemas como el de la soledad (“Día Internacional de la Mujer”), el poema de Mandela (“A la muerte de Mandela”), el poema “Violenciada” o el de la patria (“Patria Mía”) reflejan esto. Yo siempre viajaba antes de irme a los Estados Unidos, por mi activismo y mi trabajo académico y musical, pero es diferente cuando viajas forzosamente y estás atrapada en un contexto donde ya no eres una visitante. Es más difícil porque ya no tienes el disfrute de ir de aquí para acá. Ahora ya soy parte de esta comunidad y me considero una nuyorker, pero más aún una brooklyniana. A veces me preocupa perder mi corazón peruano. Por eso, hace algunos años he comenzado a leer a Gregorio Martínez y otras cosas que mantengan activa mi memoria con las maneras de hablar con las me he criado, que son sonidos rurales y formas de construir frases diferentes al español limeño. Pero siento que, ahora que tengo el inglés más incorporado, me olvido o simplemente ya no las uso, porque hablo en inglés todo el tiempo. Es por eso que he comenzado a reconectarme

con algunos textos que quiero leer porque sé que van a hacer que esa otra mitad se siga manteniendo fluida y viva.

Ya que mencionas a Gregorio Martínez, y antes algunos escritores del Caribe y afroamericanos, ¿cuáles son las escritoras o escritores con los que te sientes más identificada?

Obviamente, Nicomedes Santa Cruz. También Victoria Santa Cruz, no solo desde sus canciones, yo siempre la he entendido a ella de manera poética. Bueno, Carmen Ollé, a quien aprecio mucho y quien, conjuntamente con la otra extraordinaria poeta Rocío Silva Santiesteban, fueron mis primeras jefas cuando era practicante en DEMUS. De Carmen, uno de mis libros favoritos es *Por qué hacen tanto ruido*. Creo que mi poema “Múltiplos 90” tiene algunas texturas que tal vez se conectaron con el impacto de ese libro en mí. Me pareció muy interesante por la libertad de mirarte y hablar desde adentro. De los textos de Rocío Silva, el libro *Las hijas del terror*, que ganó uno de los premios Copé, es uno de los que más me ha impactado. He leído bastante a Toni Morrison. Creo que ella me ha influenciado mucho, aunque la comencé a leer luego de haber comenzado a escribir mi poesía. *Ojos azules* fue el primer libro que leí de ella. He leído a Walter Mosley, este escritor mitad afroamericano mitad judío, con cosas de detectives. Luego, a Edwidge Danticat, escritora haitiana que vino aquí a los 8 o 9 años y que tiene este libro *Krik? Krak!* También la música afroperuana, especialmente los cantos de yunza y del Atajo de Negritos, música cubana de Los Van Van e Irakere, reggae y dub poems de Mutabaruka. Leo libros de metafísica. Ahora estoy leyendo *Autodefensa psíquica* de Dion Fortune, y también he leído muchas veces El Sutra de los cuatro fundamentos de la conciencia que es un tratado de Budismo. Esos textos siempre me decían Mónica, mírate adentro, lo de afuera está destruyéndote, atacándote, cuál es

tu compromiso como ser humano, a dónde vas, por favor no caigas. Yo creo que tengo combinaciones muy eclécticas y tal vez eso se refleja en mi poesía de manera inconsciente.

¿Cómo ves tu regreso al Perú? ¿Pasa por tu cabeza regresar o tal vez piensas seguir tus proyectos en los Estados Unidos?

Este año, 2020, había pensado pasar al menos seis meses en Perú, porque ahora tengo un nuevo trabajo que me permite hacerlo desde cualquier país. Yo estudié aquí una maestría, sin bolsa ni beca. Ahora soy magister en Bellas Artes con especialización en Performance, Medios y Artes interactivos de la Universidad de la Ciudad de Nueva York. Cuando salí de Perú, había perdido la capacidad de concentrarme más de 15 minutos. Simplemente me mareaba. No podía escribir de largo más de dos oraciones. Llegué a tener un daño físico y psicológico muy fuerte debido a lo largo y sistemático del acoso en el Perú, aunque no me di cuenta del daño cuando estaba en allá, sino cuando salí. Por ello, el estudiar cosas diferentes a temas raciales, de afrodescendientes o peruanos fue una manera de liberarme y ayudar a que mi mente se regenerara. Y me sirvió mucho. Siento que mi mente comenzó poco a poco a reconectarse de nuevo. Aprendí matemática, programación, cables, hologramas, conexiones, algo que no tenía nada que ver con mi piel. Yo casi muero por mi raza, por lo que soy, siempre voy a seguir cargando esta piel, pero ¿habrá otra manera de ver el mundo a partir de lo que no soy? Me había cansado de que mi *leitmotiv* de vida sea mirarme al espejo todos los días y hablar sobre lo que yo soy o gente como yo encarna. Eso no implicó que deje compromisos, seguí trabajando para mi organización a la distancia, logramos la incorporación del insulto racista como categoría de violencia psicológica en algunos sistemas de registro estatales, escribí el libro *Rostros de violencia, rostros de poder*.

El acceder a este mundo tecnológico y de realidad virtual, era una estrategia política. Quiero generar nuevos discursos, conocer nuevos mundos y compartirlos con mi gente afrodescendiente. Trabajé como organizadora comunitaria del Museo de Queens y ahora trabajo para una organización filantrópica con la cual estoy viajando mucho por comunidades indígenas y afrodescendientes.

Con todo lo que has estudiado y aprendido, ¿podría venir algo más experimental en tu producción?

En Nueva York, formé una nueva banda con músicos de diversos países, un argentino, un afroamericano, un colombiano. En algunas temporadas hacíamos conciertos por lo menos una vez al mes. Hice una instalación combinando tecnología interactiva del programa MAX-MSP-Jitter llamada “En tus zapatos”, que combinaba poesía, testimonios de mi libro sobre mujeres afroperuanas con proyección interactiva y video. Fue presentada en Perú hace un par de años. He colaborado con mis poemas con varios artistas como Novalima, Magín Díaz de Colombia —disco que ganó el Grammy—, y grupos como teatro del Milenio ha usado uno de mis poemas para una escena teatral.

El nombre de mi proyecto de tesis colaborativa fue “El museo del futuro antiguo”. Propuse nuevas realidades virtuales e interactivas usando esta tecnología, donde la poesía esté combinada. Yo tengo una constante en mi mirada, en mi tradición, sobre los túneles. Creo que se asocia a las catacumbas de la Hacienda San José en El Carmen. Entonces, diseñé y tejí piezas de crochet en forma de túnel y, a través de ellos, había proyecciones de poemas. Tejé varios componentes de vestuarios, con alpaca y baby alpaca, diseñé una corona con cabellos y cuarzos. Soy una apasionada del tejido, especialmente del crochet, y espero combinar

más mi poesía con las artes textiles. También he estado dando clases maestras y conferencias sobre diseño urbano en Parsons School of Design que es una escuela de moda en Nueva York, estoy aprendiendo cestería y estoy a punto de tomar una clase sobre construcción de muebles, así que espero progresivamente concentrarme más en el diseño en sí mismo. Me apasiona crear nuevas realidades y que sean materializadas.

¿Qué deberíamos esperar de Mónica Carrillo?

Yo siempre escribo, pero soy activista y esa es mi prioridad. Por eso no he tenido tiempo de publicar como quisiera. Ahora que ya estoy con un poco más de tranquilidad, creo que puedo volver a publicar. Hace poco presenté el libro *Rostros de violencia, rostros de poder* en el que recojo historias de vida de 35 mujeres afroperuanas y las combino con un análisis académico, político y periodístico. Comencé a escribir mi autobiografía hace algunos años. No está enfocada solo en mí. Tiene como diez secciones, en las que hablo de mis abuelos,

el sacrificio de ganado en Puquio Santo, El Carmen, mi vida cuando estaba en Piñonate y el bullying racista en la escuela; es decir, hablo de cosas en las que no necesariamente yo soy siempre la primera persona. He entrevistado, a lo largo de los años, a diversos miembros de mi familia también, y estoy incluyendo sus voces, pero no es algo estrictamente narrativo como ensayo, sino una combinación de formas de escribir que son muy libres. Siento que hay una parte de mi memoria que no es mi historia, sino la historia de la gente alrededor. Mi compromiso inalterable es ser mediadora, canalizadora de las voces de mi pueblo afroperuano, las voces ancestrales y las de quienes están en esta vida, las voces rurales como la de mis padres, abuelos, tíos y tías a quienes siempre escucho a pesar de que no estén cerca o no estén vivos. Quiero publicar un disco de poemas nuevo, algunos no van a estar en mi próximo libro, porque más son poemas para ser dichos o los siento más para ese formato. Y, bueno, mi segundo poemario que espero salga en 2021.